



LA VIOLETA,

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La deuda olvidada. (Continuacion.) — Amor, poesía. — La virtud ciñe una corona de espinas para ceñirla despues de rosas. (Continuacion.) — Fé y esperanza, cuento. (Continuacion.) — Salones. — Revista de teatros. — Máximas y pensamientos. — Advertencia.

LA DEUDA OLVIDADA.

ANÉCDOTA CONTEMPORÁNEA.

(Continuacion.)

Moraba en aquel pueblo una jovencita de catorce abriles, llamada Rosa, fresca y linda como la flor de su nombre, hija de una viuda verde, y aun ágría, madre severa, mujerona fornida. Pretendió á la madre un viejo rico de aquellos contornos, y la honrada dueña, mirando por su hija primero que por sí, propuso al novio que dirigiera sus pretensiones á Rosa, que ya casadera, tal vez no hallaría nunca partido tan bueno. Convino sin hacerse rogar el anciano, y la madre, omitiendo preámbulos,

mandó á la niña prevenirse para la boda, poniendo buena cara al novio, so pena de recibir alguna advertencia desapacible. Mas el caso era que Alfonso, quien como otro Abelardo, enseñaba á escribir á la montañesa Eloisa, habia dado en mirar con más curiosidad que debiera, el hermoso perfil que presentaba su discípula con la pluma en la mano, su torneado cuello, su moño abultado, donde se recojía en repetidos dobleces una larga y pobladísima trenza, y de ver y contemplar devotamente la perfilada imagen, habia pasado á escribir para Rosa unas gallardas muestras de carácter cursivo, cuyo texto no se hallaba en ninguna de las colecciones aprobadas para uso de las escuelas; y escritas, habíaselas entregado á Rosita en secreto, y ella las guardaba con no menor cuidado. Supo el maestro por la contristada alumna el desigual consorcio que le proponian; cojieron las vueltas á la viuda, pues aunque nada lerda, no podia estar en todas partes á un tiempo; se hablaron, se juraron fé eterna; y Rosa, á pesar de no haber en su vida ni imaginado siquiera desobedecer á

su madre, prometió calabazas al novio machucho, y cumplió su palabra al pié de la letra.

Tal habia sido la segunda picardigüela de Alfonso, la cual produjo inmediatamente resultados funestos. Al otro día de haber declarado Rosita á su madre que se consideraba sobrado niña para contraer matrimonio, salia del pueblo la infeliz, aún con estrellas, encendidos los ojos y las mejillas, tapándoselas con un pañuelo muy traído á la cara. Un deudo cercano la llevaba en un barro á servir fuera de la provincia.

Al primer domingo siguiente publicaba el cura de la parroquia la primera amonestacion de la viuda con el trasegado Matusalen; y aquella noche misma, el conductor de Rosa, asistido de varios vecinos crédulos, encajaba en la cárcel á Alfonso, despues de haberle molido á palos, achacándole conato de conversacion criminal con su inocente cónyuge; mujer, en efecto, la más inocente y fea de aquel partido. La madre de Rosa, arrepentida ya de haber puesto violentamente las manos en su hija, no halló consuelo hasta que el pariente consabido le ofreció discurrir un medio para zurrar de firme al seductor maestro y lanzarle de la poblacion entre los gritos de un general anatema. La viuda, en visperas de desenviudar, habia dado con las cartas de Alfonso á Rosita.

Alfonso tuvo, en efecto, que fugarse de allí con grave riesgo de su persona; sus tiernos discípulos, á instancias de la rencorosa viuda, le despidieron fervorosamente á pedradas.

El fugitivo preceptor se vino á Madrid por lo pronto; mas con decidida intencion de buscar á su Rosa por todos los ángulos de la Península. Vano propósito; porque la cauta madre, luego que celebró las segundas nupcias, trajo á la niña al pueblo, donde Alfonso no podia estampar los piés. Rosa fué recibida con gran benignidad por su madre, que se obligó con promesa formal á no reñirla nunca, siempre que no se rebelase cuando la mandase tomar esposo.

Y como Rosa era hermosa y excelente criatura, tenia un novio cada tres meses; á todos les daba la misma respuesta que al viejo; y si este se descuidaba en defender á la pobre hijastra, que se habia granjeado su afecto, cada novio le costaba una imposicion de manos poco apostólicas.

Entretanto, Alfonso llegó á saber que Rosa vivia con su madre; escribió y no tuvo respuesta, porque sus cartas cayeron en manos de la obstinada casamentera. Pasaron meses y años; perdió Alfonso la esperanza de ver á Rosa; perdió más adelante la memoria de su amante promesa, y por fin vino á perder el sueño, como queda contado.

De nueve horas largas le disfrutaba cada noche un rico rentista que ocupaba el cuarto principal de la casa en que habitaba tambien Alfonso, altamente alojado; esto es, en el último piso. Hubo de saber los pervigilios que padecia; hubo de oir su ordinaria exclamacion: «¡que bien dormiré cuando pague todas mis deudas!» y hubo de ocurrirle el caritativo pensamiento de facilitar el reposo al atribulado deudor.

Trataba de sorprenderle con obsequio tan dulce, cuando el propio rentista fué de otra manera sorprendido por la visita que más debiéramos esperar y que menos prevenidos nos halla, la de la muerte.

No fué, sin embargo, la sorpresa tan repentina que el rico benéfico no dispusiese de una hora para testar.

Era el invadido el postrer vástago de su familia, y sin escrúpulo de conciencia dejó por universal heredero á su vecino el del alojamiento sublime.

Y hé aquí al pobre Alfonso Zamora convertido repentinamente en el respetable Sr. D. Alfonso, poseedor legítimo de unos cuantos millones, que proporcionaban á su amo anterior un sueño á prueba de cañonazos, de pronunciamientos, de gritos de suegra, si acaso la tuvo.

Tomar posesion de la herencia y llamar á todos sus acreedores, fué obra de pocos minutos.

Concurrieron á la cita los más, pero no todos; y el opulento Sr. D. Alfonso, no durmió por eso mejor que solia.

Buscó al día siguiente y pagó á los acreedores que le quedaban. «¡Esta noche sí que duermo como una estatua! (dijo al ocupar el mullido lecho del rentista difunto). Ya no debo nada á nadie por fin.»

Sin embargo, Alfonso durmió como si debiese hasta la camisa.

«Ya lo entiendo (esclamó al levantarse); debo una reparacion al maestro casado, á quien dejé

perdido cuando me establecí en el pueblo de Rosa. Sé dónde para, y me es fácil favorecerle.

Cumplió Alfonso este noble propósito; descansó medianamente unos días, y siguió durmiendo lo mismo que antes.

«Pero, señor (se preguntaba incesantemente), ¿qué me falta pagar aún? ¿Qué debo yo?»

«¡Ah! Sí; un rico debe un tributo de protección á las artes y letras.

«Le concederé hasta donde mi renta me lo permita.

«Debe servir por sí mismo á su patria si no es físicamente inhábil ó imbecil.

«Trabajaré para mi país en mejorar su sistema de agricultura.»

Practicó Alfonso cuanto decía, y continuó desvelado siempre, siempre diciéndose:

«Algo me falta que pagar; algo debo. ¿Qué es?»

Pensó en Rosa, por último.

«Yo le ofrecí mi mano, es verdad; pero no ha respondido á las cartas que le escribí. Voy á escribir de nuevo.»

Tampoco obtuvo contestación.

Aburrido, malisimamente humorado, salió Alfonso á pasear una tarde fuera de puertas, oprimiendo el lomo de un caballo de estampa admirable.

Pasó varias veces del camino real á una senda, y tornó de la senda al camino real.

Y hé aquí, lectores, que en una de estas entradas ó salidas se halló Alfonso frente á frente de un asno, en el cual venía descuidadamente montado aquel impostor consanguíneo de Rosa, que por poco no descostilla á nuestro héroe en el pueblo.

El propósito fijo del buen Zamora era satisfacer sus deudas de todo género.

En cuanto vió al pariente de Rosa, recordó la paliza insigne que había recibido de él, y á la cual aún no había correspondido volviéndole otra.

«Esta es la deuda que me faltaba satisfacer (prorumpió colérico); hagamos finiquito y dormiré bien por primera vez esta noche.»

Alzó Alfonso el látigo y restituyó generosamente al labriego los golpes de antaño; pero aquella noche durmió peor que nunca.

«¿Qué deberé yo todavía?»

«Soy rico y soltero. ¿Deberé casarme?»

«Tal vez. Mañana me planto en el pórtico de esa iglesia inmediata, á la cual concurren preciosas jóvenes; voy á ver si alguna me agrada.»

Madrugó Alfonso al otro día para ir á la iglesia.

Colocado en el pórtico, sintió un fuerte impulso de pasar más allá.

Con todo, no se determinaba; hacía años que no frecuentaba iglesia ninguna.

Habían tocado á la misa primera. Dos jóvenes, al parecer señorita y criada, muy modestamente vestidas, cruzaron la calle y se acercaron al pórtico.

Miró Alfonso á la señorita, que se quedó parada por un momento, como dudando si entraría en el templo ó si retrocedería; volvió Alfonso á mirar, y con pasmo infinito conoció á su antigua discípula.

Rosa era, en efecto; la misma Rosa, con menor frescura de tez que antes, pero con más gracia en sus facciones y movimientos; convertida de zagala del valle en elegante habitadora de nuestra Côte.

(Se continuará.)

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

AMOR (1).

Vellorita á quien los céfiros
juguetones y fugaces,

van robando los aromas

que se exhalan por el valle;

flor del verjel encantada,

flor de la pradera esmalte,

do las perlas del rocío

se columpian con el aire;

Vellorita que abrillanta

la luz del sol espirante

acariciando tus hojas,

cuando declina la tarde,

¿por qué placentera al cielo

levantas tu hermoso cáliz

y tu esencia se evapora

hasta el cielo en espirales?

¿Es que buscas otro espario

donde tus hojas se ufanen

(1) De una colección inédita titulada: Flores, nubes y pájaros.

y tus colores se animen
y donde te arrulle el ave?
¿O del seno de la tierra
pretendes, flor, separarte,
de la tierra, cuyo gérmen
te dió el ser vivificante?

La flor, cual si alas tuviera
con que poder remontarse,
su tallo irguió, en su delirio,
con otro tallo enlazándole,
y vióla crecer la selva
al pié de un cedro arrogante,
dándole el árbol su sombra,
ella su aroma prestándole.
¡Así como de la vida
al suspirar incesante,
fúndense en una dos almas
por el amor inefable!

F. MARTINEZ PEDROSA.

LA VIRTUD CIÑE UNA CORONA DE ESPINAS,
PARA CEÑIRLA DESPUES DE ROSAS.

(Continuacion.)

II.

La desesperacion de un amante.

»Un rayo que hubiera caído á mis piés, Elvira, no hubiera producido mayor terror y sorpresa en mi ánimo, que vuestra carta.

»Cien volcanes que hubiesen estallado delante de mí, no hubieran abrasado mi pecho, ni hecho pedazos mi corazón, como la noticia de vuestra próxima marcha.

»Mucho valor teneis, Elvira; pero veo que se han agotado ya vuestras fuerzas para amarme, ó mejor dicho que no me amais.

»El afortunado Aquiles, el discípulo de Rossini, ese hombre superior que sin poseer un estilo, los abarca todos, que tan pronto entona audazmente los revolucionarios coros de Macbeth, como los amores de Polion, ó el eco moribundo de Schubert, os ha trastornado sin duda.

»Desde que está en Madrid, desde que os ofrece enseñaros la destrozadora música de Verdi, habeis bebido una amargura más in-

»tensa, habeis soñado con la gloria de Génova, de Alemania, de la populosa Inglaterra, de la aventajada Francia.

»¿Es que se ha despertado la ambicion en vuestro inocente pecho, Elvira?

»¿Es que soñais con los laureles que la patria de Dante y Virgilio ciñe á las sienes de sus artistas y poetas?

»Desde que conoceis á Aquiles, solo sabeis hablar de Strauss, de Meyerber, de Auber, de Mozart, de Rossini, de Bellini, de Rossellieu.

»¿Qué es esto, Elvira, qué es esto? ¿El arte ha apagado en vos otro sentimiento, que yo creia superior á todas las cosas de la tierra?

»¿O es que ese afortunado italiano cuando canta á vuestro oído las fantasías de Pablo Irradier, el *Miserere* del *Trovador*, ó tantas otras piezas en que arrebató á los circunstantes, ha profundizado en vuestro corazón... y le amais Elvira?

»¡Oh! ¡cuántas veces he envidiado el poder de ese hombre! Cuántas veces hubiera cambiado mis títulos y riquezas, por cantar con vos el Tebaldo é Isolina, ó el desesperado amor de Otelo, ó las apasionadas notas de Manrique al arrancar del convento á Leonor.

»¿Serian mis celos, Elvira, ó el poder de la música, de ese arte sublime, formado por Dios para las grandes almas, lo que hizo aparecer á mis ojos el inspirado artista, como la más perfecta obra que jamás habian mis ojos visto?

»¡Oh! ¡Qué noche tan horrible! ¡Qué insomnio tan tenaz y pavoroso! ¡Ojalá nunca hubiese asistido á aquel concierto donde bebí tanta amargura y dolor!

»Porque cada vez que os encuentro en esas grandes reuniones, cada vez que veo el arrebatado que inspira el magnético poder de vuestra voz, cada vez que escucho elogios de vuestra virtud y hermosura sin rival, deseo llamaros mia, y aborrezco el fausto y esplendor que me rodea, y que quisiera cambiar por vivir como Juan Jacobo en aquella humilde casita de los bosques, con la que logró inspirarle el primer amor.

»Y cuenta, que Juan Jacobo amó una mujer... y yo amo á un ángel. ¡Elvira, perdon, tengo celos! Soy injusto, lo conozco; pero cada vez

que ese hombre, con una misma pasión, un mismo acento, una unidad en la idea, un choque de sentimientos gemelos, un arranque apasionado y una melodía infinita, parecida á la de los ángeles, se une con vos, para esparcir en rededor la grandeza infinita; me inspira, no sé qué deciros, Elvira, me inspira... odio, celos, envidia...

«¡Son tres malas pasiones ¿no es verdad? que deberán asustaros á vos, que sois tan buena! ¡A vos, que habeis sufrido por mí tantas amarguras!

«No os vayais, Elvira; no os vayais á Italia, ó vereis morir de dolor á vuestro apasionado.—

CÁRLOS.»

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

FÉ Y ESPERANZA.

Cuento dedicado á mi querida hermana la señora
DOÑA PILAR DE MENA.

CAPÍTULO SEGUNDO.

La Partida.

(Continuación.)

Con el nombre de su padre
El hijo se bautizara,
Y en su conducta también
Cuidadoso le imitaba.

Era Pablo un moceton
De talla más que mediana,
De resuelto corazón
Y de presencia gallarda.

Negros y brillantes ojos
Marcial aspecto le daban,
Y su tez fina y morena
Realzaba su mirada.

Por cierto que era galán,
Y en el pueblo se llevara
La palma de gentileza
Como quisiera llevarla.

Pero tenía el mancebo
Su corazón y su alma
Ya rendidos al amor
Y la voluntad esclava.

Amaba Pablo á su prima,
Y es natural que la amara
Porque era buena y hermosa;

Y sus padres lo aprobaban.

Huérfana de corta edad
Quedó la pobre Juliana,
Y encontró nueva familia
Cuando sola se encontraba.

Era Juliana un portento:
Si Pablo la idolatraba,
Sus padres en su cariño
Á los dos les igualaban.

Los criados, como á un ángel
Titular, la respetaban;
Y de todos el afecto
La niña se granjeaba.

¡Era tan dulce su acento,
Y tan pura la mirada
De sus ojos pardinegros!
¡Tan sin afeite su gracia!

Era su color blanquísimo,
Tan tersa, tan sonrosada;
Tan modesto su ademán,
Tan ingenuas sus palabras,
Que con ojos impasibles
No era posible mirarla.

¡Ah! ¡Cuán felice pasó
De entrambos primos la infancia;
Y cuán puro el horizonte
Á los dos se presentaba!

¡Qué vejez tan deliciosa
Á sus padres preparaban!
¡Que bello les sonreía
El astro de la esperanza!

Mas ¡ay! llegó el treinta y cuatro.
Año aciago para España,
Pues formalizó la lucha
Fratricida y despiadada.

Llamó la trompa guerrera
Los soldados á las armas,
Y turbó la dulce paz
De la casa de Laplana.

Era Pablo miliciano
En el provincial de Alcázar,
Y contaba con servir
Su empeño desde su casa.

Pero de los milicianos
Reclamó el brazo la patria,
Y acudieron animosos
Á perecer ó salvarla.

¿De qué sirven sus riquezas
Al desdichado Laplana,

Si no evitan á su hijo
 La suerte que le amenaza?
 ¡Pobre padre, pobre madre,
 Y tambien pobre Juliana,
 Pobre familia, del rayo
 Herida de la desgracia!
 Daba treguas al pesar
 La familia desolada
 Ante la fé ciega y pura
 Que respiraba Juliana.
 Ella veia á su Pablo
 Partir á tierras lejanas;
 Pero de verle volver
 Tenia firme esperanza.
 Ella le via partir
 Á una guerra encarnizada;
 Pero que se salvaria
 Le presentia su alma.

(Se continuará.)

LORENZA CARRASCO.

SALONES.

De dos solas fiestas podemos dar cuenta hoy á nuestras amables lectoras: la primera, verificada en casa de los Sres. de Castilla la noche de Reyes, estuvo brillante y concurrida, conagrándose la mayor parte de ella á rendir culto á la diosa de la armonía, y el último tercio á Tersicore; tomaron parte la señorita doña María Cortina y doña Corcha de Beicueta, y los señores Alzamora y Gualart: escusado es, pues, señalar que todos ellos estuvieron á la altura de su merecida reputacion, y que tanto la ejecucion de varias piezas al piano como las de canto, nada dejaron que desear. Los señores de la casa hicieron los honores de ella con la galanteria que les es propia, y obsequiaron á sus numerosos amigos con un espléndido *bufet*, terminando la funcion á una hora muy avanzada de la noche.

La otra es la segunda funcion verificada en el lindo y nunca bien ponderado teatro de Piquer, en el que, por una desgracia de familia ocurrida á la señorita Balmaseda, no pudo tener lugar la repeticion de su proverbio *Génio y figura*.

Pusiéronse, pues, en su lugar las dos graciosas piezas *Como marido y como amante* y *Un par de alhajas*, desempeñadas la primera por la señorita de Solís y los Sres. Marquez y Florit, y la segunda por la señorita de Amérigo y los señores Marquez, Ferranz, Amérigo y Lafaga, con la perfeccion de actores consumados. Los señores Obejero repitieron una pieza concertante de arpa y órgano espresivo, con singular maestria ejecutando al piano la señorita Inber una bellísima fantasía con el talento y delicado gusto que tanto la distinguen, y otra en el arpa el Sr. Obejero (D. José) con suma delicadeza. Las señoritas de Cortina y Albeniz, acompañadas por el Sr. Manzochi, se mostraron á la altura de su bien merecida reputacion, y el Sr. Fon á quien acompañaba el jóven profesor Sr. Rebentós, nada dejó tampoco que desear, terminando la seccion de música, que con tanto acierto dirige el Sr. Obejero, con el cuarteto de *Rigoletto*, desempeñado por las señoritas Güel y Cortina y los Sres. Fon y Bárcenas, admirablemente bien.

Como en la primera funcion, leyeron lindas poesías los Sres. Palacio, Campos y Amador de los Rios, no pudiéndolo verificar el Sr. Fernandez y Gonzalez, á causa de una sensible indisposicion que le retuvo en el lecho; y por último, la que estas líneas traza, lo hizo de la que es otro número verán nuestros lectores.

No terminaremos estos ligeros apuntes sin dejar consignado, que la concurrencia fué muy numerosa que en la primera noche; pero tan escogida como siempre, viéndose por doquiera notabilidades, así artísticas como literarias. Las damas más distinguidas y elegantes de la Corte; y ya que hoy tenemos algo más espacio, tampoco pasaremos en silencio, como en nuestra anterior revista por falta de este, y no por olvido, el magnífico busto del conde de Toreno que se veia á un lado de la subida del lindo teatro, y que es una obra maestra en todos conceptos: así que, no se sabe qué admirar más, si la correccion y valentia del dibujo, si la delicadeza de las carnes, la esbeltez de los paños ó el gusto y finura de la corona de encina, cuyas hojas parecen bordadas en el mármol. Damos, pues, nuestra humilde enhorabuena al Sr. Piquer por su última obra, digna de un gran artista.

que atestigua una vez más su bien merecida reputación.

FRANCISCA CARLOTA DEL RIEGO PICA.

REVISTA DE LA SEMANA.

Album de LA VIOLETA.

Tomamos la pluma con sumo placer.

Decimos esto, porque son muchas las novedades de que vamos á dar cuenta á nuestras amables suscriptoras.

La novedad es la gran reina del mundo: su imperio el más grato para el corazón.

Sin novedad, la palabra moda significaría poco. Antes que *moda* está, pues, la palabra novedad; palabra dulce, de hechiceros encantos y de amargo sabor no pocas veces.

La novedad es para el revistero una especie de aire vital: sin ella se asfixia, languidece su pluma por falta de alimento, se embota, como sucede con las tijeras del sastre cuando no hay tela que cortar.

Los bailes están á la orden del día: tanto en las casas particulares, como en los salones públicos, el alegre arte coreográfico está de enhorabuena: la humanidad se divierte, ó mejor dicho, la gran colmena se divierte; porque Madrid es una lindísima colmena, con muchos zánganos y muchos moscardones, es verdad; pero también con bonitas abejas, de las cuales, algunas, se transforman en avispas.

Sin querer venimos hablando de novedades viejas.

Entre las de más bulto, ó mejor dicho, la que merece la primacía, es la venida de Verdi á esta Corte para ensayar su última ópera *La Forza del destino*.

Los *dilletanti* están de enhorabuena.

La venida de Verdi á Madrid es un acontecimiento en los fastos del arte. Saludamos al ilustre compositor con toda la efusion de nuestros sentimientos: saludamos al génio; saludamos á esa imaginacion galana que ha sabido crear la música arrebatadora de *Il Trovatore*, *Hernani*, *Nabuco* y *Traviata*, obras cuyas notas engendran el vértigo.

Otra de las grandes novedades de que tene-

mos que hacer mencion especial, es la lectura de la tragedia *Julio César*, última obra escrita por nuestro distinguido poeta Ventura de la Vega.

Esta obra se leyó por primera vez la noche de Navidad en casa del señor marqués de Molins, ante una escogida concurrencia; pero en gracia de su mérito la ha vuelto á leer su autor segunda vez ante mayor número de oyentes. Ventura de la Vega acaba su carrera literaria con una obra digna de su reputación: acaba triunfando en el arte; la tragedia *Julio César* es la obra de un génio dramático: calza el régio coturno admirablemente.

Pasemos á ocuparnos del *debut* del célebre violinista *Lotto*, verificada en el teatro de Jovelanos el sábado penúltimo.

En el extranjero se apellida á este notable artista *La Estrella del Norte* por su manera de pulsar ese divino instrumento, que no admite rival para espresar la ternura y delicadeza de los dulces sentimientos del alma.

El Sr. *Lotto* debutó ante una numerosa y escogida concurrencia: consiguió arrancar nutridos y espontáneos aplausos, sobre todo en la pieza *El Carnaval en Venecia*, que tocó de improviso á petición del público.

Para los que no vacilan en colocar á *Lotto* al lado de *Paganini*, debemos consignar en honor de la verdad que hay en ello mucho de exageración: el arco de *Lotto* nos pareció algo duro repetidas veces. *Libori* le aventajaba en esto: un jóven modesto y aplaudido en Europa como artista, el Sr. *Monasterio*, que en la actualidad se halla en la Corte, maneja el arco con más regularidad. Sin embargo, el Sr. *Lotto* es un grande artista: posee una brillante escuela, y le aguarda un lisonjero porvenir.

El empresario del teatro Real ha ajustado al barítono *Ferri* en reemplazo del Sr. *Giraldoni*, que como anunciamos en el número anterior, rompió sus compromisos con aquel coliseo. *Ferri* hará su primera salida con la *Maria di Roham*, de *Donizetti*: despues cantará la última obra de *Verdi*.

Los restos del célebre *Moratin*, regenerador de la poesía dramática española, van á ser trasladados desde el cementerio de San Isidro á un mausoleo especial, levantado por una comi-

sion autorizada para ello por el Gobierno, con grande aplauso de todos los que se consagran á las letras.

Los autores de este pensamiento son dignos de encomio. El inmortal Moratin, el gran maestro, el profundo crítico, el ilustre autor del *Sí de las niñas*, émulo de Moliere, y faro brillante de la escena española, es una figura de talla colosal en nuestra historia literaria, y su memoria debe ser honrada eternamente por todos los que siguen la senda que dejó trazada.

Parece ser que el coliseo de Variedades dispone una funcion, cuyos productos se aplicarán á este laudable objeto.

Vamos á cerrar por hoy esta revista, dando cuenta á nuestras bondadosas suscriptoras del estreno de dos piezas en un acto ejecutadas en el teatro del Principe la noche del martes último.

Una de ellas se titula *Los Trapisondistas*, y es original del apreciable escritor Sr. Diana, autor de otra obrita en un acto titulada *Receta contra las Suegras*, y estrenada con éxito en la noche de Navidad.

Mucho sentimos decir que *Los Trapisondistas* no se parecen gran cosa á la *Receta contra las Suegras*, que justamente hemos aplaudido en el teatro muchas noches. El argumento es trivial, languidece y se hace pesado: los chistes son bastante rojos. Esto nos ha sorprendido.

El autor fué llamado al final y tuvo la modestia de no presentarse, en lo que obró con mucha cordura.

La segunda pieza, original del Sr. Zamora Caballero, y titulada *No mateis al Alcalde*, es un bonito juguete que consiguió hacer las delicias de la concurrencia.

Está escrita con una *vis cómica* admirable. Tiene dos tipos bien trazados, chistes de buena ley, una trama de fácil combinacion que interesa gradualmente; por último, está escrita con notable correccion.

El público apenas la dejaba representar, interrumpiendo á cada momento con nutridos y espontáneos aplausos. Esta obra proporciona un momento feliz, y no dudamos que atraerá al Principe mucha concurrencia.—Los actores la desempeñaron bien.

En el próximo número daremos cuenta del

éxito que ha obtenido la comedia en tres actos titulada: *Maria y Leonor*, original del Sr. Breton de los Herreros, dispuesta para el beneficio de la Matilde.

Tambien nos ocuparemos del estreno del drama del Sr. Arce, titulado: *Deudas de honra*, con destino á Lope de Vega.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS.

Quando quieras decir un secreto, no te fies porque el vecino inmediato converse con otro; pues hay persona que tiene cada sentido puesto de centinela, para sorprender lo que no debería interesarle.

Quando una mujer te mire y baje los ojos observa bien si es modestia ó gazmonería.

Quando un enemigo huye tu encuentro, que te muerde en las espaldas.

Cuanto más procuran los ojos disimular más se aperciben todos á dónde desean dirigirse.

No hay persona soltera que no tome como una mono-manía en la vejez, el referir los buenos partidos que desechó en su juventud; lo que prueba, que cuanto más se avanza en años más se echa de menos un cariño leal y sincero.

No juzgues á un hombre fino, aunque le aparezca en sociedad, si no le has tratado con confianza en el seno doméstico.

La única dicha que debe aceptarse, es aquella que un día no reporte amargas consecuencias.

ROGELIA LEON.

ADVERTENCIA.

La esplicacion del precioso pliego de dibujos que repartimos con este número, irá en el inmediato.

Por todo lo no firmado,
La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1863.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Proprietario de los Consejos, 3, principal.